

Domingo XV Tiempo ordinario

Amós 7, 12-15; Efesios 1, 3-14; Marcos 6, 7-13

«Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Si en un lugar no os recibe ni os escucha al marcharos sacudíos el polvo de los pies en testimonio contra ellos»

14 julio 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«Es Dios el que resucita, el que salva, el que levanta. Yo sólo tengo el deseo diario de caminar hasta la cruz, de llegar al lecho del que sufre una enfermedad incurable, un dolor imperdonable»

El otro día me quedé pensando en las emociones que habitan en mi interior. Una película de dibujos, *«Intensamente 2»*, muestra algunas emociones que habitan en mi alma. Una de ellas es muy conocida: la ansiedad. Llega a mi vida con una carga de maletas, simbolizando el "equipaje" emocional que trae consigo: preocupaciones y miedos que tengo que aprender a manejar. La ansiedad mira hacia delante y se angustia al ver todas las cosas malas que pueden llegar a suceder. Siempre puede salir algo mal. Por eso esta emoción trata de controlar la situación renunciando incluso a valores que pueden ser importantes en mi vida. Ante todas las posibles desgracias que se vislumbran en el futuro hay que hacer algo. La ansiedad ante lo que viene me lleva a estar preocupado, pensando en cómo solucionar lo que en el momento presente no tiene solución. ¿Qué es lo único que puedo resolver ahora? Es la pregunta clave para no vivir anclado en un futuro probable que puede que nunca suceda. La ansiedad explica su misión en la vida: *«Mi trabajo es protegerla de las cosas que no puede ver. Planifico para el futuro»*. Vivir con ansiedad me lleva a vivir en una tensión continua, un stress que no cesa. Hay tantas cosas que pueden salir mal en mi vida. Existen tantos imponderables, tantos imprevistos. ¿Cómo puedo asegurarme una vida feliz? La ansiedad me quita la felicidad. Esto es justamente lo que reflexiona la emoción de la alegría: *«Quizás esto es lo que pasa cuando creces. Sientes menos alegría»*. ¿Será verdad que cuando me hago mayor pierdo alegría? Un niño confía, no piensa en el futuro, vive anclado en el presente que parece eterno. No se altera, no sufre analizando los pros y los contras de posibles decisiones. No ve los caminos que se abren ante sus ojos. Un niño se deja conducir, confía plenamente en los mayores que deciden por él. No tiene que arriesgar nada, se deja llevar. Pero cuando uno crece comienzan los problemas. Hay que tomar decisiones que afectarán a mi futuro. Y ante esas decisiones, crece la ansiedad. En un momento dado de la película la emoción de la alegría le dice a la ansiedad: *«No puedes elegir quién es Riley. Ansiedad, debes dejarla ir»*. Le pide que deje a Riley ser quién es. Lo importante es aceptar la propia identidad y dejar ir el control excesivo. No puedo controlar el futuro de mi vida. No puedo perder mi identidad tratando de ser como otros. Vivo en un mundo de mucha exigencia en el que me comparo con los demás. Quiero ser como otros, tener sus éxitos y alcanzar sus logros. No lo consigo y me angustio. La ansiedad comenta: *«Queríamos causar una buena primera impresión»*. El deseo de ser aceptado en un lugar, en un ambiente, me lleva a vivir en una situación continua de stress. Nunca estaré a la altura de lo que los demás esperan de mí o de lo que yo mismo espero. Las expectativas sobre mi vida son excesivas y me frustran cuando no respondo de forma adecuada. No quiero soltar el control. No quiero dejar ir mi vida hacia delante confiando. Me falta ser como un niño y confiar plenamente. Me gustaría ser así y confiar más en los planes de Dios. La ansiedad genera muchas enfermedades y me hace vivir infeliz toda mi vida. La ansiedad no puede dominar en mi alma. Hay otras emociones que necesito reconocer y no reprimir. Aceptar los miedos, dejar que la tristeza a veces me invada, reconocer que siento envidia. Son emociones que reprimo en un intento por ser aceptado por todos. La seguridad no me la van a dar los demás con su aceptación, va mucho más allá. La seguridad en mí mismo tiene que ver con mi valor. Valgo, tengo un valor inmenso. Soy una persona increíble y tengo mucho que aportar a los demás. Esos mensajes se mezclarán con otros negativos o experiencias difíciles. Pero no quiero que dominen en mí los negativos como una voz interior que me hace claudicar cuando la situación se pone difícil. Mi identidad la compone mi historia, mi pasado, mi herencia familiar, mis vivencias buenas y malas. Las frases buenas y las malas que han quedado grabadas. Todo eso configura quién soy yo. Y quiero

quererme en mi verdad, en mi valor más hondo. Ese valor sólo yo, y tal vez algunas personas, podrán conocerlo. Nadie más tiene derecho a mirar tan hondo, sólo aquel a quien yo se lo permita. Y en mi verdad nadie podrá cuestionarme. Cuando vivo con esa paz anterior dejo que la ansiedad no domine mi interior. Ya no vivo angustiado por la aceptación de todos siempre. Ya no me angustia que las cosas salgan bien, como yo deseo. Confío en ese amor de Dios que me ama en mi verdad desnuda. **Soy el que soy y nadie podrá quitarle belleza a mi vida.**

Las emociones negativas se pueden reprimir en mi alma. Y también esas experiencias que me causaron dolor. Los recuerdos negativos los escondo, los bloqueo. En la película *«Intensamente 2»* comenta el miedo: *«¡Somos emociones reprimidas!»*. La película explora cómo las emociones originales, como la alegría, la tristeza, la ira y el miedo, son literalmente encerradas en un recipiente de vidrio cuando las nuevas emociones toman el control en la vida del adolescente. Reprimir emociones es muy común en mi alma. Me duelen las cosas que he sufrido, las que me pasan. Me duelen esas experiencias que me dejaron herido y las reprimo, llego a olvidarlas de verdad para poder sobrevivir. Es un acto de supervivencia. No hay maldad en ese mecanismo de defensa. Quiero olvidar, tapar, dejar atrás. Luego el pasado siempre vuelve por alguna rendija. Está en lo profundo de mi subconsciente aun cuando en mi vida diaria no lo tenga presente. Es el camino que tengo para que mi vida pueda transcurrir en paz. Lo malo de la represión de las emociones es que tarde o temprano vuelven a aflorar en mi consciente. Decía el P. Kentenich: *«El ser humano tiene la capacidad de desarrollar su afectividad. Si no lo hace, bloqueará y reprimirá dichos afectos, los que por su parte, no aceptan la represión y pujan por liberarse, generando un estado de inquietud y ansiedad»*¹. Me gustaría no reprimir continuamente lo que siento. Me gustaría mirar cara a cara los sentimientos que me turban. Tomarlos en mi manos y sentirlos. Aceptar el miedo, como esa realidad que me acompaña siempre. Darle su lugar a la ansiedad que es como un peso inmenso que se queda atascado en mi pecho. O ese rencor que con fuerza pugna por abrirse paso. O el sentimiento de culpa que es real y tengo que aceptarlo. Son emociones que hacen daño. Mi afán por sobrevivir me lleva a mandar lejos lo que me duele. Queriendo que desaparezca para siempre. Pero el pasado siempre forma parte de mí. Como los sentimientos negativos, las ideas negativas. No puedo huir de mi pasado. No puedo escapar hacia delante. Necesito aceptar las cosas como han sido. Reconocer mis errores. Todos mis actos han tenido consecuencias y tengo que asumirlo. No puedo eludir y olvidar lo que hice o lo que me hicieron. Reprimir nunca es el camino correcto. El P. Kentenich le daba mucho valor a la maduración del alma: *«En la medida en que el ser humano madura, madura también en su capacidad de asumir desilusiones, decepciones, y precisamente madurar por ellas. Por eso es tanto más importante que las desilusiones se conviertan en puentes importantes que lleven a Dios»*². Mis experiencias negativas son parte de mi historia, de mi camino. Las emociones sentidas que me hicieron daño son parte de mi bagaje personal. No puedo renunciar a mi verdad. Dios me quiere y ha permitido cosas en mi vida que me han hecho sufrir. Esas desilusiones, esos sufrimientos pueden ser un puente hacia Dios. Él está en mi vida también en esos momentos cuando no entendía nada, cuando sólo sufría. Dios no me olvida y necesita que yo tampoco olvide. Necesito hacer el duelo, perdonar, reconciliarme con mi historia, también con sus partes feas. Reprimir lo que no me gusta de mi vida nunca es el camino. porque todo lo que se reprime vuelve a aflorar cuando menos lo espere y me encontraré desarmado entonces ante lo que me suceda. Quisiera tener mucha claridad para comprender mi alma. Saber lo que me pasa es un paso en mi proceso de maduración. La vida tiene luces y sombras, no hay sólo luz. Pretender que es todo luminoso me lleva a un callejón sin salida. En ocasiones sólo muestro la parte luminosa de mi camino. Quiero que los demás me admiren por lo bello que hay en mí, por las cosas bonitas que yo también veo. Pero no es lo único que hay. Hay lagos azules maravillosos y también pantanos hediondos. Hay plantas maravillosas y cardos muy feos. No importa, no todo es blanco, tampoco todo es negro. Incluso cuando mi propio pecado me escandaliza yo soy más que mi pecado. Soy más que mis sentimientos negativos, más que mi odio. En toda persona hay luz y oscuridad, belleza y fealdad. Aceptarlo en mi vida es el camino para crecer de forma sana. Es la forma en la que quiero madurar. Dios sabe que puedo acabar aceptando mi vida en su verdad más íntima. No soy solo esos pensamientos bonitos y esas experiencias de cielo. Dios me creó frágil, limitado. Mis decisiones no

¹ José Kentenich, *Pedagogía de los ideales*

² José Kentenich, King, Herbert. *King N° 4: El Vivir y Pensar Orgánicos*

siempre fueron acertadas. No siempre hice el bien que quería hacer ni logré alcanzar todos los sueños buenos que alimenté en el alma. Caí, pequé, me desvié del camino, retrocedí. Los sentimientos malos se mezclaron con los buenos haciéndome daño. No todo en mí está acabado, estoy en camino, voy recorriendo una ruta larga en la que me encuentro con el Dios de mi vida que viene a salvarme, a sanarme. **Por eso no quiero reprimir nada. Quiero entregárselo todo a Dios y que Él me dé su paz.**

Tengo claro que siempre actúo movido por la obediencia. Obedezco normas que tengo metidas en el corazón. Me dejo guiar por principios firmes que forman parte de los cimientos de mi alma. Obedezco las directrices que aprendí desde pequeño. Puede ser que mis padres me inculcaran valores muy marcados. No haga daño a los pequeños. No ofendas a los demás. Sé generoso, presta tus cosas. No hables mal de otras personas. Puede que mis padres introdujeran con sus palabras, y más aún con sus gestos, estas ideas en mi corazón. Porque deseaban mi bien y querían que fuera feliz. Puede que no sólo esas ideas estén en mi corazón y haya otras ideas que no son tan sanas y se han convertido con el tiempo en norma de mi vida. Si te hacen daño defiéndete. No te dejes ganar por los demás. Lucha por lo que quieres, no importa quién se quede tirado por el camino. Defiende tus intereses, nadie más te va a defender a ti. No seas tan generoso que parezcas tonto. A veces me lo dirán con palabras, otras con gestos, con obras u omisiones. Hay normas que guardo dentro del alma y que me llevan a responder de una u otra manera a determinadas situaciones. Obedezco una voz interior que grita y quiere imponer su voluntad. Haz esto o deja de hacer eso otro. La obediencia es algo sutil. Hay personas que me mandan y casi no me doy cuenta. Hago lo que me dicen y no sé hacer las cosas por mi propia voluntad. Me dejo llevar, obedezco al que quiere manipularme y conseguir que haga lo que desea. En el Evangelio escucho dos afirmaciones que me llaman la atención: *«Según la ley llevaron a Jesús. Como está escrito en la ley. Conforme a lo que se dice en la ley del Señor»*. Actuar según la ley del Señor puede parecerme evidente o no. A veces quiero cambiar la ley, la norma y hacerla a mi medida. Igual que quiero que Dios esté hecho a mi medida, que me quepa en el bolsillo, que diga las cosas que yo quiero oír. No siempre me gusta la ley y la cuestiono. O pongo en duda la autoridad del que la dicta. ¿Por qué tengo que obedecer cualquier norma? ¿Acaso lo que está escrito en la ley es lo que Dios quiere para mí? Me gustaría cambiarlo todo. Cuando lo que me piden no me hace feliz. ¿No debería la obediencia a la voluntad de Dios hacerme feliz? ¿Cómo consigo ser feliz obedeciendo? En mi rebeldía quiero ir contra lo que otros me dicen. Desconfío de la autoridad. No creo en la autoridad moral del que quiere imponerme su criterio. Simeón en el Templo actuaba *«movido por el Espíritu Santo»*. también Jesús fue al desierto movido por el Espíritu Santo. Y los santos fueron movidos por el mismo Espíritu para actuar de una determinada manera. Es otro tipo de obediencia. ¿Me estaré equivocando cuando obedezco la voz del Espíritu? Y si no sé discernir lo que me dice. A Simeón Dios le había revelado *«que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor»*. Obedeció esa moción del Espíritu y en el templo vio el rostro del Niño Jesús. Fue la obediencia lo que le permitió estar en el lugar correcto, en el momento oportuno. Obedecer es lo que hago continuamente. No siempre obedezco la voz de Dios, tal vez porque la desconozco, y no la oigo. Obedezco a los que me hablan, a los que me presionan para que haga una determinada cosa, a los que gritan. Un grupo con su presión puede llevarme a comportarme de una determinada manera. Es obediencia. Hago lo que me dicen. No es lo que quiero, es lo que otros quieren. Y dejo de oír la voz de otros que tienen autoridad sobre mí simplemente porque no confío en ellos, o no creo en su verdad. La obediencia me libera del error, porque, como se dice, el que obedece no se equivoca. Hago lo que me toca, lo que me corresponde. No me equivoco. Puede que se confunda quien me manda, no yo. La franqueza ante aquel que me manda es parte de la misma obediencia. Decía el P. Kentenich: *«En la comunidad hay siempre cosas en ebullición; pues bien, se las confiaré a mi superior. Frente a ellos sabré a veces manifestar incluso mi enojo, ya que una sana obediencia deja margen a la franqueza. Si dentro de la comunidad no tengo oportunidad de “desembuchar” todo lo que me aflige, sería inhumano exigir que uno no se desahogue frente a un extraño»*³. Quiero tener confianza con la autoridad y decirle lo que pienso, lo que siento. Decírselo todo y obedecer. Quiero decirle que no estoy de acuerdo con lo que me pide, y hacerlo. La obediencia me hace más libre. Me hace niño, me hace dócil, me hace hijo. Obedezco y hago lo que me pide sin tener que cuestionarlo todo, no es necesario. Obedezco a esas personas que Dios ha colocado en mi vida para guiar mis pasos. Quiero ver a Dios en esa persona, trasparente del Espíritu Santo. En esa persona Dios me revela su voluntad.

³ J. Kentenich, *Niños ante Dios*

¿Cuándo he desobedecido lo que me pedían? ¿Qué consecuencias ha tenido mi comportamiento? Cuando asumo compromisos en la vida siento que hay más normas que tengo que obedecer. Porque te amo me comprometo a amarte siempre y eso conlleva el respeto, el cuidado, el amor continuo. Obedezco ese compromiso adquirido. Las personas sabias saben obedecer. No cuestionan las normas por el simple hecho de proceder de fuera. Hago más esas normas, las interiorizo, las acepto. No es fácil, cuesta mucho obedecer cuando no estoy de acuerdo con lo que me piden. Entre dos bienes posibles me piden que opte por uno de ellos, yo no lo comparto, elegiría el otro. La obediencia me asemeja a Jesús. Me vuelvo dócil. Esa docilidad me cuesta, siento que me priva de mi capacidad de decidir yo solo. En esos preceptos me habla Dios y me muestra su querer. Jesús creció en obediencia en Nazaret: «El niño crecía y se fortalecía llenándose de sabiduría. Y la gracia de Dios estaba con Él». El hecho de obedecer le enseñó una forma de vivir. Luchar por hacer lo que Dios quiere que haga sé que eso me hará feliz. ¿Me da paz obedecer? ¿Me siento bien en la desobediencia? Quiero tener claro a quién obedezco en esta vida. Y en última instancia quisiera obedecer al Dios que camina conmigo, a ese Cristo que se coloca a mi lado cada día y me muestra el camino. Deseo que me obedezcan en muchos momentos. ¿Qué necesito hacer? Comenta el P. Kentenich: «Don Bosco solía dar el siguiente consejo: - Si quieres que se te obedezca, procura ser amado. Y si quieres ser amado, ama tú primero. Sin embargo aún no basta. Has de dar un paso más: tus alumnos no sólo tienen que ser amados por ti, sino darse cuenta de ello. ¿Cómo? Pregúntaselo a tu corazón; él lo sabe muy bien»⁴. Obedezco a quien me ama. Es más fácil esa obediencia. **Cuando me siento amado soy capaz de hacer lo que me dicen. No dudo, lo hago.**

No siempre comprendo lo que hacen los demás. Yo miro rostros y no corazones. No entiendo la historia de mi hermano, no sé lo que piensa, lo que siente. No acabo de comprender la hondura de su sufrimiento. No logro ponerme en su piel, mirar con sus ojos, estar en su cabeza. Quizás me cuenta lo que está sintiendo, me lo explica con palabras claras. Como ese Jesús de doce años que les explicó a sus padres por qué se había quedado en Jerusalén, en el templo: «Y, ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». José y María no lo sabían, no entendían, sólo eran unos padres tratando de educar a Dios: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Ellos no comprendían. ¿Cómo podrían ponerse en el corazón de Jesús? Él era hijo de Dios y sentiría cosas, y sabría cosas que ellos ignoraban. Estaban angustiados porque se les había confiado un tesoro inmenso y lo habían perdido. Jesús tenía que estar en el templo. Ya no era tan niño, doce años. Iba creciendo. Y los mismos doctores de la ley estaban admirados: «Todos los que lo oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas». Seguramente tampoco comprendían quién era ese niño, no acababan de comprender su sabiduría. «Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio». Jesús no lo sabía todo, pero iba intuyendo y descubriendo cosas en su camino. María dijo que sí un día al ángel. No sabía mucho tan solo que suponía ser la Madre del Mesías, del Salvador. Difícil de comprender. Madre junto a José de un niño que era Dios. ¿No hubiera sido más fácil que Jesús naciera ya hombre poderoso? Ellos no sabrían cómo hacer para que todo fuera más sencillo hasta la meta. Eran un matrimonio humilde de Nazaret. María iba a ser Madre y tendría que educar a ese niño que nacía bebé. ¿Cómo podría enseñarle nada a Dios? Fue mucho lo que hicieron por su hijo. Lo acogieron en su seno, le dieron un lugar en su corazón, formaron una familia, un hogar. Hasta ese momento Jesús iba creciendo en sabiduría. Después de ese episodio todo seguiría su camino: «Bajó con ellos y vino a Nazaret. Y vivía sujeto a ellos. Su Madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón». María lo guardaba todo en su corazón. Jesús se dejó educar. Era niño, era adolescente, era joven y María seguía allí cuidando a su hijo sin entenderlo todo. ¿Hasta cuándo? Mejor no hacer cálculos humanos. Imposible, Jesús era el Hijo de Dios, el Mesías. Habría un plan trazado, un camino incomprensible para los hombres. Jesús buscaría respuestas y María estaría ahí para acompañar en silencio. Es difícil guardar todo en el corazón sin comprenderlo. Difícil intentar buscar respuestas en medio de la noche. María no deja de ser Madre. Y una madre acepta que su hijo no es suyo, es sólo prestado. Ella lo tiene nueve meses y luego todos los años que la vida le permita. Siempre acogiendo, abrazando, animando, sosteniendo. Una madre que no se cansa de cuidar, de acompañar, de velar. Una madre que desea que su hijo tenga una vida plena y feliz. Me gusta esta imagen del hijo que necesita una madre. Jesús necesitaba a María como Madre. Necesitaba el amor incondicional sin comprender nada de su Madre. Sin Ella no podría caminar. María lo acompaña hasta en el Calvario.

⁴ King, Herbert. *King N° 4: El Vivir y Pensar Orgánicos*, José Kentenich

«Ahí tienes a tu hijo». María lo guarda todo sin comprender y sigue el camino. María abraza a su hijo muerto al pie de la cruz como antes abrazaría muchas veces a Jesús. Fue su Madre acogedora. Fue también su educadora. María me educa como su hijo. Una madre educa sabiendo que el hijo es un misterio sagrado. Tal vez querría cosas diferentes para su hijo. No importa. Quiero adoptar la postura de María. No comprende y sigue adelante. Guarda todo en su corazón y no deja de vaciarse por amor. Así es María que educa y cuida la vida que se le confía. No pierde la paz ni la paciencia. No pretende entender la forma de actuar así. Lo mismo me pasa a mí con ciertas personas. No sé lo que puedo dar, o hacer. Educar es conducir la vida desde lo que hay, desde la originalidad del niño que me dejan acompañar y cuidar. Educar es el arte de sacar la mejor versión de la persona educada. **Educar me lleva a conducir a su ideal a aquel que Dios me regala.**

En Caná Jesús hizo su primer milagro. Un milagro aparentemente menor. Sólo convirtió el agua en vino. No resucitó ningún muerto, no sanó enfermedades. ¿Era necesario el milagro? Creo que la vida se juega en lo que es necesario. Hay una gran necesidad, hace falta un gran milagro. Lo innecesario parece prescindible. Puedo dejar de tener vino en una boda. Es cierto que para la tradición judía de una boda el vino era fundamental. No era innecesario. Se jugaba la fama de esa familia. Los invitados eran muy importantes. ¿Qué es necesario en la vida y qué es innecesario? Hay cosas que son muy necesarias y lo son para todos: el agua, la luz, la protección cuando llueve y hace frío, algún lugar fresco donde refugiarme en el calor, tener comida para cada día, poder beber para saciar la sed. Hay necesidades que no puedo dejar a un lado. Si tuviera que hacer una lista de mis diez necesidades, ¿cuáles pondría? Necesito dormir, comer, beber, necesito hacer deporte, conversar con un amigo, escuchar buena música. Necesito salir a pasear, estar tranquilo. En esa lista hay necesidades primarias que tengo que satisfacer antes de poder enfrentar otro tipo de necesidades. Difícil hablarle de Dios a un hombre que pasa hambre, frío o está sufriendo por una enfermedad que nadie atiende. Si no logro satisfacer lo más necesario no pasaré a la siguiente fase. Luego vienen otras necesidades más subjetivas. Necesito ciertas cosas que no son necesarias para otros. Me he acostumbrado a ciertas cosas y me cuesta prescindir de ciertos hábitos. Dicen que hasta que la oración no se hace necesaria en mi alma no soy de verdad religioso. La persona que ha sido conquistada por Dios necesita rezar tanto como beber agua. ¿Cuáles son mis prioridades para vivir de forma sana? Para esos novios el vino ese día era necesario. en otras circunstancias hubiera sido prescindible, pero ese día no. Y es que hay necesidades que se hacen fuertes en ciertos momentos. Jesús ese día hizo el primer milagro casi sin querer. Fue su Madre, María, la que vio la necesidad. Ella es Madre y tiene una sensibilidad especial para descubrir necesidades. Descubrió que los novios necesitaban vino. ¿Era tan importante como para forzar a su Hijo? Jesús escuchó a María o vio en Ella la señal que necesitaba para comenzar sus signos milagrosos. María percibió la necesidad. Como Madre Ella siempre está atenta. Se dio cuenta de algo que para muchos pasó desapercibido. Hay personas que viven pendientes de lo que hace falta. vVn que estás mal antes de que tú lo sepas. Te preguntas cómo te sientes cuando crees que nadie lo ha visto. Tienen el don de María. Me gustaría estar pendiente de los demás para ver si necesitan algo. Creo que muchas veces me comparo con los demás, o busco sus puntos débiles para hacerles daño, para que no destaquen. Descubro sus puntos vulnerables y les ataco. Es otra capacidad. Tener el don de ver dónde hace falta mi ayuda es un don mariano, es la sensibilidad para percibir lo que el otro siente. ¿Tengo la empatía necesaria para ponerme en el lugar de mi hermano y saber lo que está sintiendo? María vivía así, con esa mirada, descentrada. No pensaba tanto en lo que a Ella le hacía falta, no pretendía que los demás se ocuparan de Ella. El amor más grande es el que sirve sin esperar ser servido, ama sin esperar ser amado. Y además de ver lo que hace falta, cuando Ella sola no puede, le pide ayuda a su Hijo. Y entonces deja una frase que siempre me emociona: «Haced lo que Él os diga». Y eso es lo que hicieron. Hicieron lo que Jesús les dijo. Porque Jesús se puso en movimiento y pidió que trajeran tinajas de cien litros de agua. Algo innecesario, hacía falta vino. Pero lo hicieron. A veces Jesús me pide cosas que creo innecesarias. Me encanta enmendar la plana a Dios y le digo que no tengo que ir a ese sitio al que no quiero ir o hacer aquello que considero menos importante. Jesús siempre me enseña y me hacer ver que estaba equivocado. Me pide agua y yo pienso que el agua no basta para el milagro, que eso no cubre la necesidad. Me defiendo porque el vino no es tan importante. Huyo del compromiso y del esfuerzo. ¿Hago siempre lo que Jesús me pide? Sólo me pide agua. Algo que tengo, algo que puedo conseguir sin esfuerzo. No es tan importante el agua. Y en ocasiones me niego a aportarla. Porque no es valiosa, porque no me ha exigido esfuerzo. Aporto mi

agua, lo que tengo. Jesús la convertirá en vino. Eso sí, el mejor vino, no el malo, no el que no vale nada. **Lleno las tinajas con mi agua y hago lo que Jesús me dice.**

El misionero es enviado por Dios. Sabe que hace falta y no puede dejar de anunciar la buena Nueva. Es lo que le pasa al profeta Amós: *«Amós respondió a Amasías: - Yo no soy profeta ni hijo de profeta. Yo era un pastor y cultivador de sicomoros. Pero el Señor me arrancó de mi rebaño y me dijo: - Ve y profetiza a mi pueblo Israel»*. No podía dejar de profetizar aunque quisieran prohibírselo. Se convierte en misionero. Me gusta pensar en el envío misionero de Jesús a sus discípulos: *«En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto. Y añadió: - Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos. Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban»*. No es fácil ver el dolor de quien sufre, escuchar al que llora, acompañar al que está enfermo. Quiero que pase el duelo del quien ha perdido un ser querido. Deseo que sonría quien sufre una terrible enfermedad. No siempre soporto las quejas y los lamentos. Quiero que se callen, que no me llenen el corazón de amargura. Su voz resuena en mi interior y añoro el silencio. ¿Por qué no se callan? Siento la vocación misionera de llegar a sus casas. De entrar donde se encuentra su más profundo dolor. Que me desvelen la cruz que más les duele. Luego no sé qué hacer con tanta sangre. No sé cómo calmar su llanto y ya desearía que no estuvieran llorando. No logro calmarlos. Lo primero que puedo hacer como misionero es callar como María al pie de la cruz del que sufre. A sus pies escucho, guardo todo en mi corazón, callo. No digo nada porque la mayoría de las veces no tengo nada que decir. No llevo conmigo dinero, ni nada que pueda calmar su hambre o su sed. Sólo tengo el consuelo de quien a mí mismo me consuela. Es la paz de Dios la que entrego al llegar a una casa. Me quedo allí donde me acogen y me ofrecen lo poco que tienen. No tengo nada que ofrecerles a cambio. Sólo esperar, llorar con ellos, tomarlos de las manos, escuchar sus quejas, sus gritos. No quiero explicarles el sentido de su cruz. Casi siempre es incomprensible. La vida no es justa y hay muchas personas que sufren de manera desproporcionada. Sufren más de lo que pueden soportar y yo no puedo aliviar sus dolores. Si mis manos curaran enfermedades. Los puedo ungir con aceite, mejoran, no curan. Es Dios el que cura por dentro. No puedo, al igual que Jesús, sanar a todos los enfermos con los que me encuentro, a todos los que están solos. No puedo llenar el vacío de su gran herida ni sanar esa enfermedad mental que los lleva a mendigar amor por los caminos. Yo no puedo. Soy misionero y me siento impotente. María me envía a calmar la sed de amor del mundo y hay demasiada sed, demasiados hombres. Quisiera lograrlo con un solo gesto. No es posible. Sí puedo calmar a uno, al que está junto a mí. No llevo en mi cántaro roto mi propia agua, es el agua de Jesús la que llevo para cuando escuche un grito desde la cruz: *«Tengo sed»*. Una voz que me retumba en los oídos. Y yo le digo a Jesús lo que he rezado en el salmo: *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La salvación está cerca de los que lo temen, y la gloria habitará en nuestra tierra. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino»*. Es Dios el que hace todo lo que me pide que haga. Yo sólo hago un gesto, digo una palabra, guardo un eterno silencio. Sujeto al caído entre mis brazos y me piden que lo resucite. Porque yo soy de Dios y tengo un poder que en realidad no tengo. Es Dios el que resucita, el que salva, el que levanta. Yo sólo tengo el deseo diario de caminar hasta la cruz, de llegar al lecho del que sufre una enfermedad incurable, un dolor imperdonable. No puedo quitarles esa espina que atraviesa su corazón de forma injusta. Tienen sed y Jesús me envía con una vasija rota que deja escapar el agua. Quisiera calmar las tempestades. Dejar que el sol caliente y seque todo lo que está húmedo. Quisiera alegrar al triste y dar fuerzas al que está desconsolado. Mi vocación de misionero me saca de mi comodidad. Es fácil quedarse encerrado en mi mundo queriendo salvarlos a todos. Tengo que salir de mí. ¿Dónde quieres que vaya? Le pregunto al Señor. Quiero permanecer al pie de la cruz sosteniendo un cadáver. ¿Le devolverá Dios la vida? Él hace el milagro y yo sólo permanezco fiel para hacer posible lo imposible. No cargo con muchas cosas para la misión. Es inmensa, no tengo fuerzas. No llevo doble túnica ni demasiado dinero. La gratuidad es lo que marca mi camino. **Confío en ese Dios que me manda a acompañar el dolor del que sufre.**